



Leer como experiencia colectiva: debatir, analizar e intercambiar en un club de lectura

Laura Farina*, Agustina Ledesma y Ada Salem*****

Como bien sabemos los lectores, leer novelas es una experiencia que se realiza en soledad. Y a los lectores nos gusta la soledad. Pero qué pasa cuando un libro nos encanta, nos vuela la cabeza, nos deja pensando, nos hace cuestionarnos ciertas estructuras o ideas que sentíamos naturales y queremos comentarlas, discutir las, socializarlas. Sí, existe internet. Ahora cualquiera puede escribir un post sobre el libro y decir todo lo que quiera al respecto. Probablemente algunas personas lo leerán y hasta pondrán un “Me gusta” o “nos darán un like”. Pero, ¿qué le falta a eso? ¿Cuántas personas de nuestro círculo social podemos encontrar que hayan leído ese mismo libro? ¿Cuántos nos responderán o abrirán el debate? El problema con los libros y las redes sociales (quizás el problema de las redes sociales en sí), es que terminan siendo una huella de nuestra propia experiencia y no mucho más que eso. En pocos casos se genera verdadero un intercambio social.

A fines de 2016, comenzamos a hablar de esto que nos pasaba. Leíamos libros que nuestros amigos no habían leído aún y no teníamos con quién comentarlos. Sentíamos un vacío que esperaba ser llenado en la promesa de “lo voy a leer”. Queríamos hablar de libros además de leerlos y hablar cara a cara, con otros, de todo lo que esas lecturas nos generaban. Es así como surgió la idea de armar un grupo de lectura mensual en donde una novela, leída para la ocasión, fuera el centro de la conversación de un grupo de

* Laura Farina es profesora en Letras por la UNLP. Da clases de Prácticas del Lenguaje y Literatura en escuelas de nivel medio. Además de participar de El Clú, está terminando el programa formativo de escritura narrativa dictado por Casa de Letras.

laurad.farina@gmail.com

** Agustina Ledesma es profesora en Letras por la UNLP. Es profesora de Lengua y Literatura en los colegios del pregrado universitario, Liceo "Víctor Mercante" y Nacional "Rafael Hernández". Coordina el proyecto de extensión "Encuentros de lectura" de colegio Nacional. Participa activamente de "El clú".

agusledesma@gmail.com

*** Ada Salem es Licenciada en Comunicación Social por la UNLP. Trabaja en el área de capacitación del Ministerio de Infraestructura y Servicios Públicos de la Provincia de Buenos Aires. Participa de El Clú desde la primera reunión.

adasalem@yahoo.com.ar

lectores. No pensábamos en un taller con profesor, sino una reunión social libre. Nada muy formal ni académico. No un encuentro de especialistas, sino un espacio en el que pudiera participar cualquier persona interesada en la literatura.

En marzo de 2017, este proyecto se materializó: elegimos una novela, pusimos una fecha y empezamos a invitar gente, recorrimos cafés y buscamos el lugar adecuado. Nuestra primera novela fue *La uruguaya*, de Pedro Mairal, y tuvimos en cuenta varios criterios para esa selección: era una novela corta, elegida entre las mejores del año anterior, de un escritor argentino y joven. Nos parecía que todo esto podía sumar interesados y convencer a indecisos.

Los dueños de una Casa de Té y Taller de Arte que funcionaba cerca de Plaza Moreno nos ofrecieron uno de los salones del fondo, alejado del bullicio de los clientes habituales y sin música. Allí nos reunimos durante más de un año con una comodidad absoluta. No solo teníamos el servicio de cualquier bar sino que podíamos escucharnos sin interrupciones (algo difícil de conseguir en lugares públicos).

Por otro lado, las redes sociales fueron nuestras aliadas a la hora de difundir el evento entre amigos y conocidos: creamos una página de Facebook y una de Instagram para subir y compartir toda la información sobre las reuniones. Esto implicó que tuviéramos que detenernos a pensar un nombre para el encuentro y, a falta de ideas, terminamos diciendo, un poco en broma, que podíamos llamarnos “El Clú”, así, sin “b” y con tilde, haciendo referencia a los primeros poemas de Borges y bautizándonos, también en chiste, como “borgenas de la primera ola”.

Esa primera reunión fue, a nuestro entender, un éxito: compartimos los distintos puntos de vista sobre la novela en cuestión, nos animamos a contradecir a la prensa especializada cuando marcamos los aspectos que no nos convencían, leímos entre todos fragmentos que nos gustaron por su textualidad o porque nos parecían significativos en el conjunto de la novela (o porque alguno se había sentido identificado de alguna manera), repasamos entrevistas al autor y opiniones de especialistas que circulaban en redes. Todo se dio en un contexto de cordialidad y alegría, acompañado de la merienda. Además, si bien no fue un grupo grande de asistentes, nos llevamos la sorpresa de que algunos de los participantes llegaron por haber visto la información en redes sociales, sin conocernos. Y ese era, justamente, uno de nuestros objetivos iniciales, conocer gente de otros círculos y espacios.

Dos años después, mirando hacia atrás, nos damos cuenta de que esa primera reunión marcaría el estilo de todas las que le siguieron: un espacio en el que prima el buen humor, la felicidad de encontrarse con otros lectores, de reconocerse en la opinión del otro, de permitirse pensar diferente y tener la total libertad para expresarlo.

¿Quiénes somos? ¿Qué hacemos en las reuniones?



Somos en su mayoría mujeres, pero también hay varones. Un par rozan los treinta y otros los setenta. Hay algunas profesoras de Literatura, pero también de Arte, de Historia, de Química. Hay periodistas, pero también una médica y un biólogo. Algunos estudian, otros trabajan, otros ya se jubilaron. Algunos leen compulsivamente, a otros los ayuda El Clú a terminar una novela. Y cada uno tiene sus preferencias en cuanto a género literario, autores, épocas y estilos. Todas esas variables forman parte de nuestro modo de leer, de apropiarnos de lo leído.

La mecánica, a lo largo de este tiempo, se mantuvo prácticamente igual. Solamente introdujimos, en la tercera reunión, un nuevo elemento: *la crítica con emojis*. Conseguimos unos stickers con distintas caritas

y, hacia el final del encuentro, cada participante eligió aquel que mejor describía su opinión sobre la novela leída, que en ese caso fue *Amores enanos*, de Federico Jeanmaire.

Esta costumbre de los emojis no es solamente el cierre divertido de la reunión sino que es significativa porque nos impulsa a definirnos, a sintetizar en una expresión nuestra posición sobre la novela. Sobre todo significa que, en el diálogo con los otros, repensamos lo que creíamos mientras leíamos en soledad, porque cada reunión es como bañarse en el río de Heráclito: ninguno es el mismo al inicio y al final.

Muchas veces hay detalles del libro que uno pasó por alto pero que otro pone sobre la mesa y los hace visibles; o referencias a otros textos literarios o culturales que dialogan con las novelas y que enriquecen las lecturas personales. Sucede también que alguno viene a reponer con sus conocimientos y experiencia de vida un fragmento que no se terminó de entender. Nosotros no somos los mismos al terminar la reunión pero los libros tampoco y, en ambos casos, el cambio suele ser enriquecedor. “Más allá de ir con una lectura determinada”, dice Nora, una participante de El Clú, “en la reunión encuentro un montón de detalles y de pequeñas observaciones sobre la obra que no había percibido o a los que les había dado otra interpretación”.

Construir la lectura previa, desarmar la lectura hecha

Con respecto a la novela elegida cada mes, el título surge del interés de los asistentes y, por supuesto, este va variando según las épocas: a veces buscamos un tema que nos atraiga; otras, nos guiamos por referencias (leímos *Los restos del día* cuando Kazuo Ishiguro ganó el premio Nobel, por ejemplo); cada cierto tiempo volvemos a los clásicos (como *Matar un ruiseñor* de Harper Lee o *Desayuno en Tiffany* de Truman Capote), que alternamos con las novedades editoriales (*Kentukis* de Samanta Schweblin y *Los crímenes de Alicia* de Guillermo Martínez), o buscamos expresamente cambiar de género.

Muchas veces vamos pensando durante el mes qué libro podría ser aceptado por todo el grupo. Cualquiera puede proponer uno o varios títulos el día de la reunión. Al final de cada reunión comentamos de qué se tratan, leemos las sinopsis, explicamos qué referencias de los libros o de los autores conocemos y por qué nos interesan. Los títulos seleccionados son muy variados, pero surgen del consenso: tratamos de que todos (no solamente la mayoría) estén conformes con el libro elegido, porque entendemos la lectura como un espacio de placer y no una obligación o una imposición. En muy pocas ocasiones tuvimos que recurrir a la votación como forma de elección ya que por lo general llegamos a un acuerdo.

Cabe destacar que el único criterio de selección que tenemos es el de elegir novelas. Creemos que este género facilita la discusión y el intercambio, a diferencia de, por ejemplo, los libros de cuentos, que muchas veces presentan una disparidad entre las historias y cuesta abarcarlos, recordar cada argumento y discutirlos en profundidad.

Dos libros, desde su aparente adscripción al género, pusieron en cuestión este criterio de selección: *Kentukis*, de Samanta Schweblin, y *El nervio óptico*, de María Gainza. Se presentan como novelas pero, al leerlas, están conformadas por relatos que cierran en sí mismos. En el caso de *El nervio óptico*, Gainza construye, en cada capítulo, un relato que se puede aislar del resto, y que es un híbrido entre autoficción, crítica de arte y ficción histórica. En el de Schweblin, hay distintos hilos narrativos que se centran en la relación del hombre con la tecnología, en la oposición de lo público con lo íntimo y en diferentes aristas de las relaciones humanas. Cada línea está fragmentada en capítulos que se alternan pero no se cruzan, es decir que podrían considerarse varias novelas cortas, puesto que lo único que tienen en común es la aparición de los *kentukis*, una suerte de mascota tecnológica. Una de las participantes, al notar la estructura de la novela, optó por leer capítulos salteados pero que contaban la historia del mismo personaje, y así sucesivamente con el resto de las líneas narrativas. Esta forma de acceder a la historia dejaría afuera dos capítulos que tienen una gran potencia pero que, una vez más, se autoabastecen; son prácticamente dos cuentos breves que también están mezclados en el conjunto del libro.

Entonces, en esas reuniones, surge inevitablemente, como uno de los puntos más sobresalientes, el análisis de las relaciones entre literatura y mercado: cómo se venden ciertos textos, cómo los consumimos los lectores, y si esto influye o no en nuestra forma de leer. En el caso de Schweblin, como varias participantes somos docentes, se discutió sobre la relación entre el mercado y la escuela: qué textos parecen producidos (como en este caso) para entrar en las aulas y por qué; o entre literatura y series, en tanto la referencia a *Black mirror* surge automáticamente.

Los libros, la mayoría de las veces, no se corresponden con la idea que nos hicimos de ellos, para bien o para mal. A veces, de una trama simple, cuya sinopsis no resulta interesante, surge una joya; otras, los libros que más prometen son los que más decepcionan (tal vez precisamente por eso). Por lo tanto, ¿podríamos pensar que llegaremos antes a aquellas obras que tienen el respaldo de grandes editoriales y círculos de distribución? ¿Qué pasa con aquellas editoriales que, sin ser monstruos del mercado, cuentan con inteligentes estrategias de marketing y penetran mejor en redes sociales y medios de comunicación?

A modo de autocrítica, parece una cuenta pendiente en el club de lectura, darle mayor espacio y difusión a aquellas editoriales más pequeñas y autogestionadas.



Modos de leer

Nos parecen interesantes también las diferentes formas de leer que tienen los integrantes de El Clú, no solamente en cuanto a los aportes sino en la materialidad de los libros. Mabel y Enrique, que están casados desde hace muchos años, cuentan que la lectura es un momento compartido en pareja, en el que él lee y ella escucha. En otras ocasiones, cuando su marido no le lee, Mabel usa audiolibros que se encuentran en la web. Cuando le preguntamos si no le cuesta acordarse del argumento o de los detalles, nos dijo que no, que tiene un gran poder de concentración y que puede recordar todo.

Otros lectores necesitamos la tangibilidad que ofrecen el papel y los dispositivos electrónicos, porque parece más difícil que las palabras se escapen si están encerradas en un objeto. En relación con los dispositivos, varios integrantes cuentan con libros electrónicos, que ofrecen la ventaja de ser livianos, portátiles y no cansan la vista, y muchas veces la novela suele ser más económica en su versión digital.

También son muy útiles para los lectores voraces que necesitan que su biblioteca empiece a ocupar menos espacio. Otros prefieren los celulares, porque pueden leer en el transporte público con más comodidad o porque pueden hacerlo mientras acunan a sus hijos [1]. La mayoría, a decir verdad, prefiere el soporte papel. Sin embargo, no todos compran los ejemplares, porque los precios de los libros nuevos son bastante elevados y se ajustan a la inflación mes a mes. En este aspecto, las bibliotecas públicas y los amigos que prestan se vuelven buenos aliados para los lectores asiduos.

Los diferentes modos de leer también se reflejan en la pasión de los integrantes por esta actividad, en cómo experimentan en el cuerpo, de distinta forma, la misma novela. Por ejemplo, la lectura del mes de febrero de este año fue *Cadáver exquisito*, de Agustina Bazterrica. Si bien fue la reunión más numerosa desde que dimos inicio al club, varios de los integrantes no terminaron de leerla (algunos incluso prefirieron faltar) porque les daban *asco* las descripciones, les provocaban una repulsión que les impedía continuar. También *Stoner*, de John Williams, despertó pasiones: el personaje principal, cuyo nombre da título a la novela, es un profesor de literatura al que la vida le pasa por delante, tomando pocas o ninguna iniciativa, al punto que algunos no pudieron soportarlo (decían que “tenían ganas de cachetearlo”) mientras que otros lo amaron o, al menos, pudieron compadecerlo. *Un chino en bicicleta* de Ariel Magnus, o *La maestra rural* de Luciano Lambertini, provocaron el efecto opuesto: la risa, a partir del absurdo o de lo costumbrista.

¿Qué le pasa al cuerpo cuando leemos? ¿Qué pasa cuando revivimos la lectura en conjunto y descubrimos que otros experimentaron (en el sentido más corporal del término) las mismas sensaciones que nosotros? Como dijimos al inicio, el objetivo de las reuniones no era formal ni académico y, si bien el análisis intelectual es inevitable, también nos parece importante esa sensación primaria de leer como acto físico. El tiempo de lectura es, para todo lector, un momento placentero, algo que disfrutamos pero que, al mismo tiempo, muchas veces relegamos por nuestras actividades diarias. Para muchos, la experiencia de El Clú se trata precisamente de eso: volver a darle un lugar importante al hábito de leer. En este sentido, Sofía dice que después de recibirse de profesora en Letras, la lectura había quedado en el ámbito del trabajo, pero no del gusto personal, y que El Clú la ayudó a reconectarse con ese aspecto: “Durante el año volví a leer en mis tiempos libres; a su vez me ayuda que haya una fecha pautada, ya que no me cuelgo para terminarlo”.

El futuro de El Clú

Cuando iniciamos esta experiencia, lo hicimos llenas de incertidumbres: ¿habría gente interesada en participar o seríamos nosotras solas, en la casa de té, hablando de la novela? ¿Cuántas reuniones duraría? ¿Cinco, seis? ¿Llegaríamos a un año de reuniones? La realidad superó ampliamente nuestras expectativas: el grupo ya llega a los veinte integrantes, de los cuales al menos quince participan en todos los encuentros, y todos los meses recibimos consultas de gente interesada. Tratamos de que todos encuentren el momento de expresarse y de que la cantidad de gente no sea un problema sino, por el contrario, una forma de enriquecer el diálogo.

Si bien en algún momento surgió la idea de escribir reseñas de los libros que leímos para las “tertulias” y compartirlas a través de nuestras redes, en realidad no es el interés principal de los participantes por ahora. Como proyecto a futuro, planeamos organizar algún encuentro con escritores, porque creemos que las obras toman otra dimensión cuando conocemos al autor, su forma de pensar y de trabajar.

A nivel organizativo, otro aspecto importante que tenemos pendiente para este año es el de encontrar el lugar adecuado para las reuniones, ya que la casa de té en la que solíamos realizarlas cerró en octubre del año pasado, y desde ese momento estamos en la búsqueda de un espacio en el que su infraestructura nos permita escucharnos y estar cómodos. Cuando uno se apropia de un espacio, se siente como en casa y puede abocarse, sin preocuparse por factores externos, a la tarea de analizar, discutir, leer y, por qué no, divertirse.

El clú se reúne un sábado al mes. El libro, el lugar y el horario pueden encontrarlos en:

Instagram: @el.clu.laplata

Facebook: /el.clu.laplata

Notas

[1]Mención aparte merece Cata, que acompaña a su mamá desde que tenía pocos meses de vida, y la vemos crecer reunión a reunión. Tal vez parezca un detalle menor, pero dos años de reuniones también conllevan esto: compartir, de alguna forma, los momentos importantes de la vida, como embarazos y nacimientos de hijos y sobrinos, viajes al exterior por trabajo durante meses, el fallecimiento de un familiar.